

EL LATIDO DEL GRANITO.

Pseudónimo: Amapola jacarandosa.

Braulio no necesitaba consultar el reloj de pulsera que colgaba laxo de su muñeca; le bastaba con observar la inclinación exacta de la sombra sobre los perfiles de Siete Picos. A sus setenta años, sus manos eran un tratado geológico vivo del Guadarrama: grietas profundas como los cortes de las canteras de El Berrocal y callos tan endurecidos como el gneis que sostiene la espina dorsal de la Cuerda Larga. Aquel hombre no solo vivía en la sierra; era en esencia, un sedimento más de ella.

Sentado sobre un cancho de granito en las afueras de Cercedilla, contemplaba cómo la luz del atardecer empezaba a incendiar las paredes de La Pedriza. Era el "oro de los necios", como decía su abuelo, un tono anaranjado y vibrante que parece emanar de la propia roca antes de que el frío azul de la noche la reclame. Para los turistas, aquello era una postal idílica; para él, era el esqueleto desnudo del mundo. Su oficio, hoy convertido en un eco lejano, consistía en una comunicación casi mística con la materia. Sabía leer la "veta", esa línea invisible que dicta hacia dónde quiere romperse la piedra.

—La piedra no se domina con fuerza, muchacho —le repetía su padre mientras tallaban los adoquines que hoy, lustrosos y desgastados, pavimentan el Madrid de los Austrias—. La piedra se convence. Se busca el nervio, se coloca el puntero con la inclinación del que pide permiso y se golpea con la certeza de un rayo.

El Guadarrama no posee la agresividad punzante de los Pirineos o los Picos de Europa. Es una sierra de lomos redondeados, de una elegancia vieja y sabia. Sin embargo, Braulio conocía su verdadera cara. Sabía que un "piornal" cerrado puede transformarse en una trampa mortal cuando la niebla decide bajar de golpe, ocultando los hitos y desorientando al más pintado. Sabía que el viento en la Bola del Mundo no sopla, sino que juzga; es un aire que no rodea los cuerpos, sino que intenta atravesarlos con el desdén del que se sabe dueño absoluto de la altitud.

Al descender hacia el Valle de la Fuenfría, el gris mineral cedía su trono al verde profundo y solemne. El cambio no era solo visual; el aire ganaba un peso distinto, una densidad cargada de resina, helecho húmedo y ese silencio catedralicio que solo se encuentra bajo las copas de los pinos silvestres, los *Pinus sylvestris* de corteza anaranjada que son el orgullo de Valsaín.

Cerró los ojos y, por un momento, el valle se pobló de fantasmas queridos. Escuchó el relincho de las caballerías de los gabarreros, aquellos hombres de lomo curtido y manos de hierro que bajaban la leña muerta del monte para calentar los hogares de la posguerra. Recordaba el sonido rítmico del hacha y el olor del sudor mezclado con la trementina. Los gabarreros no eran simples leñadores; eran los cirujanos del bosque, los que mantenían la sierra limpia, los que conocían cada trocha y cada arroyo por su nombre de pila.

En su paseo, se detuvo junto a la Calzada Romana. Sus dedos recorrieron las piedras milenarias, pulidas por el paso de legiones, reyes, pastores y poetas. Allí, en ese punto exacto, se sentía el nexo entre la historia y la naturaleza. El Guadarrama ha sido siempre un paso, una frontera y un refugio. Recordó a los maestros de la Institución Libre de Enseñanza que, a finales del siglo XIX, subían a estas cumbres no para conquistarlas, sino para educar el alma. "El paisaje es una escuela", decían. Y él, que nunca fue a la universidad, se sentía el alumno más aventajado de esa aula de granito y cielo.

Se agachó junto al arroyo de la Venta. El agua bajaba con una furia blanca, gélida, alimentada por los ventisqueros que aún resistían en las sombras de Peñalara. Al beber, sintió ese calambre eléctrico en las sienes, el sabor mineral del deshielo puro. Era un agua que sabía a tierra alta, a nieve vieja y a libertad. En ese instante, una pareja de senderistas pasó a su lado, consultando una pantalla brillante. Iban rápido, buscando completar una ruta grabada en un satélite. Les dedicó un saludo silencioso con la cabeza, compadeciéndolos ligeramente: corrían tanto que no podían oír el crujido de la rama que avisa del paso de un corzo, ni percibir el cambio sutil en el aroma del aire que precede a la tormenta.

A medida que el sol se ocultaba tras el Puerto de Navacerrada, el frío empezaba a reclamar su territorio con una autoridad incuestionable. La Sierra de

Guadarrama tiene una forma muy particular de anochecer: las sombras no caen, sino que parecen brotar de la propia tierra, ascendiendo desde los valles hasta alcanzar los riscos más altos.

Recordó los inviernos de su juventud, cuando la nieve cubría los tejados de Navacerrada durante meses y el silencio se volvía tan sólido que se podía cortar con un cuchillo. En aquellos tiempos, la sierra no era un parque nacional, sino una forma de resistencia. Recordaba a los pastores que, desafiando la ventisca, conducían el ganado hacia los abrigos, y a las mujeres que tejían lana de oveja merina mientras el viento aullaba en la chimenea como un lobo hambriento.

Hoy, la sierra lucha por mantener su equilibrio ante la presión de la gran urbe que brilla, allá a lo lejos, como una alfombra de brasas eléctricas. Madrid siempre ha mirado al Guadarrama con deseo, buscando su agua, su piedra y su aire. Pero la sierra se mantiene soberana, imperturbable ante las modas y los siglos.

Se puso en pie, sintiendo el crujido familiar en sus rodillas, un eco de los miles de kilómetros recorridos por las laderas. Miró hacia el horizonte, donde la silueta de la Mujer Muerta se recortaba contra un cielo de color violeta y ceniza. Dice la leyenda que esa montaña es una princesa que espera el regreso de su amado, pero para Braulio era algo más real: era el límite de su mundo, el refugio de sus recuerdos y el lugar donde sus cenizas se confundirían algún día con el polvo de feldespató y cuarzo.

Sentía una paz profunda, una conexión que iba más allá de la razón. Vivir en el Guadarrama es comprender que la belleza no está en lo espectacular, sino en lo constante. Está en el ciclo de las estaciones, en la resiliencia del pino que crece en la grieta de una roca, en la dignidad del oficio manual y en el respeto por un paisaje que nos precede y nos sobrevivirá.

Al emprender el camino de regreso a su casa de muros anchos y vigas de roble, se llevó consigo un poco de ese silencio mineral en los bolsillos. Porque la sierra no es solo un conjunto de montañas; es una patria de granito que se lleva grabada en los huesos, un recordatorio eterno de que, mientras el Guadarrama siga allí, vigilante y azul, habrá un lugar en el mundo donde el tiempo todavía se mide por el vuelo del águila y la sombra del pino.

